

Domingo Vigésimo Sexto del Tiempo Ordinario C 26 de Septiembre de 2010

“Tú recibisteis bienes y Lázaro males; ahora el encuentra consuelo, mientras tú padeces”

La parábola del rico y del pobre Lázaro, por desgracia no es una invención para una enseñanza. Es la fiel radiografía de la tragedia más dramática que se repite generación tras generación en la historia de la humanidad.

El dinero levanta un muro que divide a la humanidad. Muro que encierra y aísla disfrutando “de vestidos de púrpura y lino y de banquetes espléndidos”, sin percatarse de los lázaros que están “echados en el portal cubiertos de llagas y con ganas de saciarse de lo que tiran de la mesa del rico”. El poder y la riqueza tienen la virtud de trastocar la vista. No se ven las cosas de la misma manera desde una chabola que desde un palacio. No se ve a los necesitados, ni es capaz de comprender sus angustias, su impotencia. No entiende que son también seres humanos, más aún, sus hermanos. Crea ruptura y violencia abriendo un abismo entre los hombres. En la vida terrena esta separación es voluntad del rico. Después de la muerte queda convertida en definitiva como un abismo inmenso. Ni una migaja de pan en la tierra, ni una gota de agua en el más allá. No salva el poder y la riqueza. Salva la solidaridad con todos, principalmente con el débil: “sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos” (1 Jn 3,14).

En la parábola el pobre tiene nombre, Lázaro, que significa Dios ayuda. El rico no tiene nombre. En la mentalidad semita, el nombre expresa la realidad profunda de las personas y resume su historia. El rico no tiene nombre porque no tiene historia. Vive solo encerrado en su afán de gozar, construyendo su existencia en el vacío. No se puede vivir solo para banquetear todos los días.

La diferencia abismal entre el rico y el pobre no es sólo a escala individual. También se da entre países y naciones que las hemos catalogado en Primer y Tercer Mundo. La tragedia de millones de seres humanos del Tercer Mundo está esperando a la puerta del Primero una solución justa a su situación. No acaba de llegar a pesar de muchas declaraciones de Derechos Humanos. No llegan ni las migajas que caen de los países desarrollados. Situación que, además de ser trágica e inhumana, es explosiva.

La parábola habla muy claro. Dios no está de acuerdo con que el mundo funcione dividido en ricos y pobres, porque si hay ricos es gracia a mantener a los pobres en su pobreza. Tanto los ricos como los pobres son seres humanos con la misma dignidad y derecho a ser reconocida y respetada su humanidad.

No hace falta ir al Tercer Mundo para encontrar a nuestro lado algún Lázaro que es más pobre que nosotros: familias humildes que pasan apuros, enfermos solos, gente en paro, alcohólicos y drogadictos que necesitan una mano amiga. Ciertamente no basta con una limosna, ni con esfuerzos aislados. La justicia y la caridad tienen una dimensión estructural y social. Hay que reaccionar con valentía y generosidad. Es necesaria una conversión radical de la codicia al amor que comparte, para hacer posible el cambio de unas estructuras que crean desigualdades injustas entre personas y naciones.

El sentido de la parábola no es ofrecer consuelo ultraterreno a los pobres, sino avisar a los ricos que ponen su confianza y su gloria en las riquezas y en el poder que de ellas obtienen. El Evangelio es siempre respuesta y luz para los problemas de cada día. Dejemos que su fuerza y su luz lleguen de verdad a nuestra vida, y sobre todo a nuestro corazón. No esperemos el milagro espectacular del muerto que resucita y venga a descubrirnos nuestra equivocación. La Palabra de Dios basta y sobra. Si no nos dice nada, o la oímos distraídos dejando que pase de largo, ni siquiera las "visiones" conmoverán el corazón.

Joaquín Obando Carvajal